
Winger, D. (2012)

Psicopatología e histeria en la posmodernidad

Rosario: Homo Sapiens, 120 pp.

El estudio de la psicopatología constituye un punto de encuentro de muchas disciplinas, las cuales traen bajo el brazo un marco teórico y una técnica. Por medio de estas se busca, en algunos casos, el balance anímico; en otros, la elucidación del fenómeno y la consecuente cura. En cualquier instancia, el objetivo es promover la salud mental con el fin de mejorar la calidad de vida de las personas. Esta última, aclara el texto, se ve gravemente influenciada por la identidad posmoderna, en cuanto que busca la gratificación inmediata de los deseos y la individualización a toda costa.

Dice Winger: “La salud mental se recupera cuando el paciente puede reconocer y asumir sus verdaderos traumas, sus verdaderos deseos, e incluso, sus, algunas veces, insuperables contradicciones” (p. 40).

Daniel Winger, psicólogo y psicoanalista, expone, a lo largo de tres capítulos y un anexo, una revisión de las anormalidades y desórdenes de la vida mental, con relación al quehacer psicoanalítico, las neurociencias, las culturas y la posmodernidad. Con ello, logra exitosamente un producto que resalta en el catálogo tradicional del estudio de los fenómenos mentales excepcionales.

Si bien las definiciones han ido modificándose desde que Emminghaus, profesor de Kraepelin, acuñó el término, Winger aclara que la psicopatología no es un conjunto de trastornos de la personalidad, sino una forma del discurso social. De esta manera, no se limita a las connotaciones tradicionales en el análisis de las enfermedades mentales, sino que enfatiza las relaciones que presentan con la sociedad. Estas relaciones son evaluadas desde el punto de vista psicoanalítico, el cual es objeto de acusaciones por parte de la comunidad científica.

Con el afán de desestigmatizar al psicoanálisis, el autor recurre a ejemplos, entrevistas y fragmentos de reportajes, con los cuales intenta dar un sustento neurológico a diversos postulados freudianos, como la realización del deseo y el inconsciente. Para ello se basa en tecnología usada en las neurociencias, como la encefalografía tridimensional o la tomografía por emisión de positrones (PET), con la cual es posible ver el funcionamiento

del cerebro en tiempo real. En el segundo caso, se identifican evidencias a favor de la existencia del inconsciente. La investigación llevada a cabo por Steven Rose, director del centro de investigaciones sobre el cerebro y la conducta de la Open University en Londres, identifica al cerebro como un órgano que finge, adultera y falsifica, para el cual el mundo que necesitamos es más importante que el “real”. De esta manera, la memoria se ve influida y podemos estar seguros de recordar algo que no pasó. Según Winger, los mecanismos inconscientes quedan así evidenciados.

Finalmente, concluye el primer capítulo refiriéndose al rol que juega el psicoanálisis en la formación universitaria. En sus inicios, esta disciplina fue concebida como de transmisión discipular, ya que la comunidad científica de fines del siglo XIX y comienzos del XX se encontraba dominada por el positivismo lógico y la influencia académica que provenía de Viena. Con ello, las ideas freudianas, en ese momento, bastante radicales, se fueron gestando en ambientes extrauniversitarios y de modo maestro-discípulo.

Actualmente, existen tres criterios a partir de los cuales se define lo normal y lo patológico. El *ideológico*, según el cual se define lo normal haciendo uso de juicios de valor que corresponden con un patrón. Luego el *estadístico*, el cual toma en cuenta una población y la frecuencia de un fenómeno. Finalmente, el *teleológico*, el cual se define por una aproximación a lo óptimo. En el primer caso, lo normal bien puede ser definido teniendo intereses concretos, con lo cual reflejaría la postura de algunos sectores de la sociedad. En el segundo, si bien este concepto es más claro, no se estaría equiparando normalidad con salud mental. Según ello, el autor propone que grupos de poder intentan ordenar y controlar a las masas mediante el dinero, el conocimiento y la maldad. De esta manera, se pasa de un esclavo antiguo a un ser humano reducido al estado de producto. En este caso, la normalidad podría ser la enfermedad. Es por ello que el autor hace referencia a una forma de discurso social, y no tanto a un trastorno. En el tercer caso ocurre algo similar al primero: la definición está sujeta a términos con connotaciones religiosas, filosóficas, científicas o políticas de lo óptimo.

Luego, introduce los conceptos del sujeto kantiano y el sujeto neurótico freudiano. Estos dan origen a su postura, ya que al tratarse la psicopatología de un discurso social, el ser humano se ve moldeado y paralelamente moldea a la sociedad posmoderna, la cual lo enferma y, finalmente, concluye en un sujeto perverso-ominoso. El sujeto kantiano es heredero de la Ilustración y sobrevive hasta inicios del siglo XX, cuando le da la posta al

sujeto neurótico freudiano, el cual reprime sus deseos, con lo que genera una neurosis.

Estos dos sujetos se terminarían transformando en el tercer sujeto mencionado, perverso-ominoso, el cual es gravemente influenciado por el neocapitalismo, ideología que, según el autor, carece de ética. Esta mutación al nuevo sujeto ocurre mediante la promoción del individualismo, con lo cual se trastornan los lazos afectivos.

Winger señala: “Las acciones concomitantes para lograr este propósito fueron: el desarrollo del individualismo ocultando su vulnerabilidad (a este propósito, el psicofármaco le fue como anillo al dedo), [...] la preeminencia progresiva de la mercancía por sobre cualquier otra consideración...” (p. 49).

Por ello queda un residuo, un excedente humano, que no corresponde a los estilos de vida actuales y el cual es calificado de superfluo y prescindible. En este contexto, el neoliberalismo es descrito como un motor de mutación antropológica.

Después, el autor establece una diferencia primordial entre el sujeto antiguo (neurótico) y el nuevo (perverso); para el primero, todo objeto se presenta sobre un fondo de ausencia, de castración; en cuanto al segundo, el acento es puesto exclusivamente sobre la captura del objeto. Es aquí donde se evidencia la tesis que sostiene que la captura sin restricciones del objeto produce un sujeto nuevo, el cual busca evitar la psicosis mediante la perversión. Esta última, fomentada por el contexto posmoderno. Ahora conviene preguntarnos si es que existe alguna solución para un problema de tal envergadura.

Es importante mencionar que, para el autor, el psicoanalista tiene un derecho “innegable” de reconstruir los restos que quedan de los recuerdos, las asociaciones y la conducta del sujeto, a partir de las conclusiones, mediante métodos de suplementación y combinación. ¿Son, acaso, estos métodos válidos en el quehacer científico? Según Winger, la ciencia artificiosa se aferra a leyes inmutables, con lo cual se resiste a algún cambio radical. “El conocimiento no puede ser obstruido sin correr el riesgo de convertirse en religión” (p. 77). En este caso se estaría pretendiendo una legitimización por oposición, el hecho de dogmatizar a la ciencia no le concede eficiencia al psicoanálisis. El psicoanálisis en el siglo XXI debe buscar su propia legitimización no tanto en la científicidad de sus postulados, sino en la eficacia como técnica terapéutica.

Luego de la apasionada defensa a la disciplina psicoanalítica, hace un recuento histórico de la histeria. Empieza por ilustrar su expresión en Egipto y en la Grecia clásica mediante fragmentos de Platón y referencias a Hipócrates, para quien la histeria tenía un origen uterino.

En el transcurso del análisis, la Edad Media cobra una importancia significativa al vincular la histeria a las posesiones y los demonios, debido a la gran influencia de la Iglesia durante la expansión del feudalismo. Luego, durante el Renacimiento, se busca hacer la transición desde una concepción demoniaca a una científica a manos del médico alemán Johann Weyer (1515-1588), quien declara a las histéricas como enfermas mentales y no responsables de sus actos, en defensa a la acusación de la Iglesia que aludía a actos mágicos.

Con ello se regresa a la concepción de la histeria como enfermedad, lo que dio origen a la clínica psiquiátrica y, posteriormente, al desarrollo de la misma llevado a cabo por Freud. En la actualidad, el concepto de histeria ha sido dejado de lado por los modelos médicos oficiales desde el DSM IV.

A lo largo del texto, la conciencia y el inconsciente se postulan como entidades sin llegar a elucidar la forma en la que existen. Tampoco se efectúa una defensa a la crítica de MacIntyre (2004), la cual identifica como determinista la concepción psicoanalítica de inconsciente. De manera que una persona es el resultado y está totalmente sujeta a las dinámicas inconscientes, con lo cual es básicamente un títere que actúa mediante unos hilos invisibles hasta que logra, mediante la técnica, desvelar sus propias aflicciones.

La psicopatología e histeria en la posmodernidad es un libro que intenta contrarrestar con argumentos sólidos y referencias importantes la caída del enfoque preponderante en psicología del siglo pasado. Este es un enfoque que muchos consideran anticientífico, obsoleto y que no es más que charlatanería. En un mundo en el que el materialismo y la gratificación instantánea están a la orden del día, el esfuerzo de Winger merece ser considerado por todos aquellos que vayan a tener la responsabilidad de tener la vida afectiva de personas en sus manos.

Iván Covarrubias

REFERENCIAS

MacIntyre, A. (2004). *The unconscious: A conceptual analysis*. Nueva York, Londres: Routledge.